

Héctor Castillo Berthier  
En: Revista Nexos, Vol. XIII  
Pág. 10, 1990

## Amanecer en el estómago

(JUNIO 1990 - DIAS DE LA CIUDAD)

Héctor Castillo Berthier. Miembro del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Fue baterista del grupo Arpí-a.

Ciudad de México, Mayo 1990: 50 crónicas.

Incontable tumulto de instantes en la punta de un alfiler. ¿Cuántos días caben en un día cualquiera, cuántos milenios? Centro de la República, en su zona metropolitana reúne a la cuarta parte de los mexicanos -los chilangos, como se les infama en provincia, si bien la mitad o más provienen de cualquier otra parte: estudiantes que llegaron para quedarse; jóvenes en busca de un medio abierto a la diversidad de usos, costumbres y creencias; campesinos que huyendo del hambre se vuelven obreros, "prestadores de servicios" o desempleados.

¿Qué noción tiene la ciudad de sí misma, de su devenir, tiempo de piedra con pies de barro? ¿Cuántos nacimientos, muertes, ocios, espectáculos, aglomeraciones, lecturas ocurren en un día?

Reino simultáneo, modelo paradigmático de diacronía urbana, monstruo devorador de ríos, cosechas, reses en canal, manufacturas primarias, recursos financieros. En México City, destino final de un Valle lacustre y prodigioso que ya no existe, se arraigan industrias terciarias, poderes religiosos y políticos, profesionistas calificados, mano de obra barata, energías intelectuales, gimnasios, albercas y prisiones con su doble ejército de carceleros y reclusos.

De noche, su horizonte luminoso viste laderas y alcanza la curvatura terráquea como si no tuviera fin.

Ciudad ombligo, ciudad dispersa, cronófaga, cotidiana, real y fantástica. Pesadilla de urbanistas, remanso de locos, acosados, solitarios y vivales. Mosaico de clases, etnias, comunidades religiosas e ideologías, dentro de ella subsisten viejos pueblos y se establecen nuevos, se amurallan los ghettos burgueses, se organizan colonias zapotecas o mixes, cerveceras o petroleras, barrios estudiantiles y eriales sobrepoblados. Miserables, opulentos y variadísimas clases medias que viven entre violencia, consumo, alegría, abandono, integración y resistencia.

Para celebrar su número 150, nexos invitó a reporteros, cronistas, escritores, ilustradores e investigadores a que registraran las horas de la ciudad. El

resultado fue un muestreo de sitios, circunstancias y personas que da idea de la infinidad de acontecimientos cotidianos que constituyen un día cualquiera, y lo que representa traer agua, luz, transportar, trabajadores y estudiantes, organizar esta aglomeración humana. Veinticuatro horas a través de espacios y tiempos ciudadanos. Una pinta en los muros: cada día se escribe, cada noche se borra.

En Narvarte y Peralvillo, la Otra Banda, Lechería y Ticomán, los patios de vecindad y los relojes checadores, sobre box-spring o petate o periódico, el día se gesta y despunta en cada rincón de la ciudad a la misma hora. El poblador urbano, ese ser abundante -se le cuenta entre 20 millones de personas, en cierto sentido (estadístico) idénticas- amanece crudo o cocido, ya por irse o apenas llegando, solitario o bien o mal acompañado. Apaga el despertador o le tira una pedrada al gallo, se desamodorra. Cualquier ojo, en Barrilaco o la Perla Reforma, fino o vulgar, puede amanecer lagañoso. Y muchos culparán de las lagañas, como de otras molestias más importantes, a la Contaminación Ambiental. Con desgano, alegría, desesperación, incertidumbre, sorpresa, las personas se dedican a poner los pies en polvorosa. Comienza el viaje de otro día.

-Val golpeeeeé...

-Viene-viene, viene-viene.

Finalmente El Pituco, rabón color verde con más o menos ocho toneladas de tomate, llegaba a las puertas de la bodega de don Sufranio Soyudo en la Central de abasto. Mientras el resto de la ciudad dormía placenteramente, su estómago (por darle un nombre funcional al principal mercado de alimentos) iniciaba su horario álgido de compra y venta de alimentos perecederos "porque los de abarrotes son más huevones y empiezan hasta las nueve o diez de la mañana, cuando nosotros ya estamos terminando", aseguraba don Sufranio.

Ciento treinta y cinco mil quinientas toneladas es la capacidad de almacenamiento de una de las últimas obras faraónicas del profesor Hank González, en honor a quien se decidió bautizar a la CEDA como "Central de abasto Carlos Hank González", nombre que, por cierto, le fue borrado del letrero de bienvenida: "Es que a cada rato le ponían de groserías acá, y como que se molestaban las autoridades y ps aparte nadie de aquí- le decía ese pinche nombre, nomás siempre 'la central' o 'Ceda', como usted quiera", agregaba El Mordidas, machetero de la bodega de don Sufranio.

Un "cashba" de madrugada donde lo importante es el color, el olor, la mirada, el colmillo pues, para elegir lo que se quiere:

-Aquí- han venido dizque ingenieros de allá de Chapingo y la verdá es que no saben distinguir una cosa de otra... aquí- nomás desde ver cómo se para la gente a ver la mercancía ya sabe uno cómo hay que venderle.

Trece mil toneladas diarias de frutas y legumbres, tres mil toneladas de abarrotes y ví-veres, 40 por ciento del total de alimentos de toda la república según datos oficiales de la Dirección de CEDA, distribuidos por 1,828 bodegas que deberían operar igual número de comerciantes pero que en la realidad ya suman más de seis mil "porque hay mucho subarriendo de pequeños espacios en las bodegas, o sea, como estábamos en la Merced, aunque los del gobierno digan que aquí- está prohibido", según El Chiquitón, primo de don Sufranio, que viene todos los días a almorzar con él.

Los datos proporcionados por las autoridades de la Central indican una población flotante de 250 mil personas al día; una generación de empleos para 40 mil personas; una llegada mensual de 55 mil camiones y una generación diaria de 800 toneladas de basura, aunque no mencionan datos sobre los robos y asaltos permanentes a gente, comercios y bancos, o datos y fotos sobre las inundaciones en los meses de lluvia:

-Nooombre, nomás viera, el cochecito de mi compadre el Gallo que se le va quedando bien atascado abajo del puente a la mitad del aguacero, y luego el menso como ni sabe nadar aistaba parado en el techo pegando de gritos que lo fueran a sacar- decí-a don Cascanio Gorza que ya se había sumado a la conversación.

El 87.5 por ciento de los productos que se venden en la CEDA son consumidos por poco más de veinte millones de personas del Distrito Federal y del Area Metropolitana y se estima que sólo el 13.5 por ciento restante se reexpedite a otras ciudades y Estados de la República.

-Mire, como usted podrá ver, hay mucha gente pobre que viene a buscar su alimento. Los lugares que pusieron disque de basureros se llenan así- de rapidito con fruta, una podrida pero tra no, alguna que nomás está medio magulladita, y pus ésa, ésa sí- está buena: nomás es cosa de escogerla bien y sí-, vienen un montón de señoras y niños, y señores, que están escogiendo lo que le van a llevar a su familia, y no se crea, luego hay señoras bien vestidas que verdá buena yo las veo y me pienso ¿bueno, deveras les hará falta? y ps yo creo que sí- porque luego las cosas se ponen medio canijas.

Los periódicos se quejan siempre: "comerciantes hambreadores", "alza inminente de precios", "las autoridades sin control en el abasto", "CONASUPO se vende", "comerciantes especuladores causantes del caos".

-Yo soy ignorante, pero no debería ser tan fácil acusar nomás así- a la gente. Aquí- en frutas y legumbres, ¡oí-galo bien!, ¡somos puros mexicanos! ¡No hay ningún extranjero! ¿Y sabe por qué? ¡Porque es una chinga desde las tres de la mañana! Uno ya no puede vivir como la gente normal, y no se puede descansar ni un solo día al año. A ver, dí-gale al campesino "no manito, hoy no te compro porque me voy a Cancún de

vacaciones", me manda a la chingada. No, la cosa no es tan fácil, y claro, no todos somos blancas palomitas, pero aunque estemos aquí- en la Central del gobierno las autoridades nunca nos van a poder comprender porque ellos se van cada seis años y los únicos, oí-galo bien, los únicos que sabemos cómo está todo aquí- somos nosotros y no hay gente que se quiera venir a chingar de a de veras- terminó don Sufranio dándole un sorbo a su café caliente.